

→ AMÉRICA - AMÉRICA DEL SUR
2) HISTORIA - 1810 - 1816.

MINIMARINA PATRIÓTICA INDEPENDIENTE

MIGUEL AGUILERA

de la Academia Colombiana de Historia

La diligente y angustiosa actividad con que se prepararon sobre el Mar Caribe las unidades veleras de que disponían los patriotas de la zona nórdica hispano-americana, en su lucha de ataque y contra-ataque en los años más críticos de la guerra de Independencia, se lee minuciosamente expuesta en la colección de documentos para la historia de Venezuela, que se guardan en el Archivo Nacional de Cuba.

Débase el arreglo cronológico de aquella rica y segura fuente de información, más su complemento, las referencias y notas explicativas, al historiador y perito en la consulta y catalogación de pruebas Profesor Jorge Quintana Rodríguez, de quien recibí en oportunidad el voluminoso obsequio, que, a sus expensas, editó el Archivo Nacional del nombrado país antillano.

Puesto que la fragorosa contienda del primer cuarto del siglo XIX, se condujo, por parte y parte, con ardencia indeclinable, convendría saber algo

de lo más esencial, circunstanciado y revelador de la acometida de uno y otro bando. Más que en los abruptos suelos reservados para los encuentros de orden terrestre, la extremada diligencia emancipadora se cumplió sobre los mares, a través de los cuales se consumaban los transportes de armas, municiones, alimentos y explosivos. Y hasta dineros de circulación convencional.

El Mar de las Antillas con sus golfos, bahías, canales improvisados, raldas, ensenadas y pontones primitivos, fueron para unos y para otros, el escenario incógnito y misterioso en los primeros años de la contienda sobre área marítimas de modalidades climáticas diferentes de lo que en época normal procuraba características estudiadas, calculadas, y sometidas al trámite de medición empírica de sus corrientes aéreas y submarinas.

Para ilustrar superficialmente esta cuestión, que para el simple historiador es asimilable con mínimo provecho, me

limito a insertar textualmente algunas de aquellas piezas que el historiador Profesor Quintana Rodríguez seleccionó con la fructuosa ayuda del compilador, y óptimamente calificada por el entonces presidente del Grupo Bolivariano de Cuba, personaje de minucioso criterio y de puntual orientación sobre la materia.

Comienzo por la interpretación del mensaje dirigido en febrero de 1816 al Mariscal de Campo Pascual Enrile, para enterarle, en su carácter de Comandante General de la Escuadra, sobre las instrucciones que el impávido Pablo Morillo impartía para aminorar los efectos de los barcos y tripulaciones al servicio de la legión emancipadora. Uno de aquellos pliegos de instrucciones y encarecimientos, era el fechado en Cartagena el 16 de febrero de 1816.

Tal minuta de recomendaciones decía:

“Este General (Émile) hará salir las fuerzas competentes a medida que las pueda habilitar, pero debe V.S., hacer conocer a ese comercio que una escuadra, que ha salido un año hace de España, se ha mantenido en la mar la mayor parte de este tiempo; que ha destrozado sus buques, que ha tenido que habilitar mal más de veinte goletas y bergantines, que nada ha recibido de la Península, y que menos ha encontrado en esta plaza, debe carecer de muchas cosas indispensables, como son jarcias, cables, cobre, lonas y dinero para atender a los gastos de buques y hombres, sin lo cual es

imposible que puedan navegar y atender a todos los puntos; y auxilios tales, si los reclama, es por el empeño que tiene en que queden airosas las armas del Rey y aseguradas sus propiedades de sus vasallos, exterminando los piratas que lo quieren estorbar”.

Del contexto intencionado de la anterior comunicación, se deduce que el propósito no era otro que desviar la prevención de la querrela, hacia la convicción de que los patriotas marinos que la sorprendiesen en un encuentro sobre el mar antillano, supiesen que ya el gobierno real había tomado las medidas adecuadas para llevar a los revolucionarios a una convicción sorpresiva.

Puesto que sabemos lo concerniente a la simpatía con que el Presidente de la República de Haití apoyaba, en forma disimulada unas veces, y francas otras, y que al amparo de esa simulatoria compensación, los patriotas granadinos hacían más eficaces sus empeños sobre las aguas antillanas, el despótico General Pablo Morillo no aplazó su intervención para declarar responsable a Petión de las consecuencias que necesariamente correría la joven república isleña. Si el tenor de la nota despachada desde Cartagena era en extremo amenazadora, y el grupo de altos funcionarios de la presidencia insular abundaba en la experiencia aprendida en Francia en el despacho, libramiento y solución de dificultades mayores que las surgidas en las aguas del Mar Caribe, no menos áspero se mostró el mandatario de Haití, al res-

ponder a las bravuconadas del rabioso Conde de Cartagena y Marqués de la Puerta, General Pablo Morillo.

Como éste le informase al jefe del gobierno haitiano que los numerosos prisioneros de guerra españoles y americanos, que tenían dentro de las murallas de Cartagena, para someterlos a las torturas de una tragedia final, el General Petión le repuso, con oficio fechado en Puerto Príncipe el 25 de febrero de 1816, primeramente en frases discretas, comedidas y hasta respetuosas, pero finalmente con un positivo y retador desplante de escasas palabras:

“Su Marina no se aleja de las costas de Haití, y siendo consagrada a la protección de la República, declina particularmente sobre aquélla en el Almirante de S.M. Británica, en la Jamaica y en las demás potencias que tienen posesión en el Archipiélago, a decidir sobre el derecho de pabellón sobre los Altos Mares”.

Y por si alguna defensa tuviera contra la integridad política de Petión, éste le incluía en su mensaje para Cartagena, una velada advertencia de lo que pudiera acontecerle si los independientes se animasen a acudir a otra potencia europea para escapar a la amenaza de ser fusilados o ahorcados.

Fue entonces cuando Petión le previno a Morillo:

“No pienso tampoco que el puñado de refugiados de Cartagena que en la Isla conciban la idea de

una expedición que no pueda ser resistida por mi gobierno; pero pueden ir a donde les de la gana cuando no quieran permanecer bajo de él. Las propias expresiones de V.E., me dicen bastante cuánto sería arriesgado, de parte de ellos, de intentar volver sobre una tierra en donde han sido expulsados”.

Tras el velamen de estas palabras es mucho lo que se contiene, como concluyente decisión de no respetar el derecho de asilo en la pequeña república insular.

En la colección de “Documentos para la Historia de Venezuela”, existentes en el Archivo Nacional de Cuba, sorpréndense abundantes comentarios y pruebas auténticas que justifican la caballeresca gratitud con que el Libertador Bolívar correspondió a la política internacional del presidente Petión, por amparar la actitud dispersa y un poco desorganizada de los patriotas que en el mar de las Antillas, ensayaban sus difíciles escaramuzas.

Ratifica esta inferencia histórica la información que en el folio 68 de los “Documentos para la Historia de Venezuela”, anuncia que en oportunidad, se dio aviso al Pacificador Morillo de que “catorce corsarios insurgentes en los Cayos de San Luis, se hallaban preparados para la expedición que al mando de Bolívar, debe salir de allí con dirección a Venezuela o la Margarita”.

La nutrida y densa cantidad de noticias que se leen en el volumen arre-

glado por don José L. Franco, presidente del Grupo Bolivariano de Cuba, es tesoro informativo suficiente para cumplir una provechosa tarea de relación histórica sobre las alternativas de orden marítimo e insular. Aquí de la fórmula de Cicerón: **Nihil in ali-quo proficere**; porque me refiero al cómputo de una década de años que calculaba el compilador, acerca de lo cual era poco lo que se había realizado por los apasionados amantes de nuestro pasado independiente, por haberse abastecido nuestro caudal y nuestro afán de historiadores lejos de las zonas antillanas donde se consumaban los hechos victoriosos, adversos o ineficaces, cuyo desbordante pormenor se halla custodiado por el Estado Cubano, pero entregado a la consulta de los sinceros y fervorosos admiradores de las hazañas del Libertador y de sus colaboradores, duchos en los achaques de conocer la estrategia marina e insular.

Del pormenor oceánico vinculado a las Antillas y sus estratégicas conexiones con cayos, islotes, desviaderos y raldas; y de las constancias minuciosas que campean en el grueso volumen elaborado por el hábil investigador e intérprete de los documentos citados en conjunto dentro de este comentario, se infiere meridianamente que las audaces inquietudes de los patriotas americanos que consumaban sus hazañas en canales y estrechos naturales del Caribe, sobresalían en su orden Jamaica, Kingston, Isla Anquilla, Puerto Príncipe, Saint Thomas, Martinica, Barbados, Chateau Belair,

Cienfuegos, Curazao, Fort de France, y veinte o más escondrijos bordeados de bosques tupidos sobre el suelo o fangal que dejaba libre el mar, para el beneficio de maderas, lianas, cocoteros, y otros enormes desprendimientos fangosos hoy ya olvidados, de la vegetación marina o litoral.

No pocas de las versiones que se difundían llevaban en sí algo o mucho de fantasía, para aumentar más aún el pánico de los marinos peninsulares que por entonces hacían sus primeras armas. En la página 3 de la segunda parte de los Documentos que pueden ser consultados, se lee cierta constancia que más parece un desahogo de la fantasía, que episodio aceptable de lo que en puridad fueron las aventuras de los inquietos e ignorados próceres. Trátase del parte oficial, impartido seriamente por el Gobernador de Cuba, Marqués de Someruelos, y fechado en la Habana el 15 de marzo de 1810; esto cuando apenas se sentía el vaho de una revolución "ad portas". Por vía de curiosidad mejor que de realidad digna de crédito, veamos lo que decía aquel noble personaje:

"El día 11 de febrero salió de Maracaibo la fragata española **La Africana**, y ha entrado en este puerto el día 12 de éste, y nada ha dicho tocante a lo que refiere la goleta **Susana**, que me dice V.S., llegó al Morro el 26. He tenido carta desde Santo Domingo, en donde se ha quedado el Teniente de Gobernador nombrado para la

Habana, que salió de Maracaibo en la fragata dicha española, y tampoco me dice nada de lo referido ahí por la **Susana**. Y así es de temer que son especies de los espíritus malignos que intentan nuestras desavenencias, y esperamos en Dios que no lo han de conseguir. Con lo dicho a lo que V.S., tocante a la **Susana**, en el diario que acompaña a su oficio número 2531. Dios guarde..... El Marqués de Someruelos al Señor Gobernador de Cuba”.

De ello se infiere que al amparo de las leyendas circulantes para causar zozobra, y en esa forma desconcertar la acción conjunta de los españoles dictatoriales, los inquietos espías de la revolución ideaban el hostigamiento contra los servidores del Rey. Lo

que, a la vuelta de siglo y medio, sería una farsa pueril, en aquellas calendas era modo genial de mantener en su jugo el pánico de quienes lo perderían todo a la postre.

Leyendas pueriles y anécdotas de pobre gracia se leen en la historia de la revolución en tierra y sobre las escarpadas y vírgenes montañas, que en mucho contribuyeron a la estratagema y a la zalagarda salvadora para los que comprometieron su vida bajo la luz del sol. ¿Cómo, pues, no aventurar la celada peligrosa de un islote a otro, o de un collado laberíntico o escabroso a la engañosa furia de un mar, desuartizando por el rigor de sus propias y violentas brisas?

Obras de consulta, las citadas en el volumen de “Documentos para la Historia de Venezuela”.